

de huevo es exactamente el mismo en estas cuatro formas bajo el concepto de las propiedades fisico-químicas de la semifluidéz y de la inestabilidad. Y sin embargo, contadas estas prerogativas que, según Hæckel, son las de la vida, ora ofrece las señales más diversas de actividad, ora está condenado á la inercia más completa. El moco amorfo no tiene, pues, la significación que le atribuye Hæckel. Vivo, bien que desprovisto de organización, demuestra perfectamente contra los organicistas que la vida es otra cosa que la organización.

Con no ménos evidencia demuestra aún que la vida no se confunde con las propiedades del carbono ni con la semifluidéz ó inestabilidad de un compuesto químico. Demuestra que la vida es una esencia particular, profundamente distinta de la naturaleza mineral y sus propiedades. Debemos á Hæckel esta demostración rigurosa, si bien no es precisamente lo que quería ofrecer.

La segunda consecuencia decía que no difiriendo la monera en su estructura de un simple compuesto químico, nada impide deducir que un sér vivo puede derivar de la naturaleza mineral. Mas el obstáculo es la vida misma que interpone entre el sér vivo y la naturaleza muerta una distancia infinita, distancia que la muerte no salvará jamás. Es un axioma de metafísica y de sentido común contra el cual se estrellan las teorías más ingeniosas y más sabias: no hay nada en el efecto que no esté ántes en la causa. La ciencia misma, la verdadera ciencia, demuestra á su manera que el paso de la muerte á la vida es insalvable. La argumentación de Claudio Bernard contra la hipótesis de las generaciones espontáneas tiene más fuerza aún contra la teoría monista.

«Los heterógenesistas, dice este sabio, se contentan con afirmar la formación de un huevo á expensas de una materia orgánica inerte; ese germen una vez constituido desarrollaría la potencia evolutiva de que está dotado y terminaría en un sér adulto, como sucede con los gérmenes procedentes de la generación. Este modo de ver es *inadmisible en teoría é inexacto en el hecho.*» En teoría porque contradice las conclusiones de la experiencia. «Por todo lo que se sabe de los fenómenos de la evolución vital en los animales y en las plantas, hay que considerar el germen que se desarrolla, como habiendo recibido una especie de impulso ó dirección original cuyas consecuencias se desenvuelven luego. El germen posee una aptitud que le imprime el organismo de que forma parte.» Es como su continuación. «No se concibe que semejante potencia de continuación se presente de golpe y de nada.» Nada puede continuar cuando nada precede. La experiencia nos muestra el germen dotado esencialmente de una fuerza que recibe su energía y dirección de predecesores vivos. Esto es lo que nos revela la naturaleza. Por consiguiente un germen espontáneo estaría esencialmente desprovisto de tal fuerza y dejaría de ser un germen.

Lo sorprendente es que Hæckel mismo no tiene otra manera de explicar la gran ley de la herencia. Hablando de la reproducción por *cisiparidad*, que consiste en que el individuo madre se divide en dos mitades simétricas, dice: «La sustancia es idéntica en las dos mitades, luego es muy natural que los fenómenos de la vida, las propiedades fisiológicas sean también idénticas en los dos individuos jóvenes.» La reproducción por yemas es ménos clara en el espíritu de Hæckel, la reproducción sexual no produce más que tinieblas. Esto no le impide observar el punto importante. «El hecho esencial, dice, en los diversos casos de reproducción, es siempre la separación de una parte del organismo generador, y la aptitud de esta parte á llevar una existencia individual, independiente. Debemos, pues, en todos los casos, presumir que los individuos hijos que son, como se dice, la carne y la sangre de sus padres, reproduzcan los mismos fenómenos vitales, las mismas propiedades morfológicas que los padres poseían.» De ahí resulta la consecuencia inevitable que parece no se le ha ocurrido á Hæckel: el germen formado en un medio muerto no puede ser sino un germen muerto, y en un medio mineral el germen ha de ser mineral. El abismo entre la naturaleza inorgánica y la naturaleza orgánica queda insalvable.

Después de todas estas consideraciones no es posible, sin ultrajar gravemente el sentido común y la lógica, intentar sacar la vida de un medio puramente mineral. Entre los dos términos hay la distancia más grande que se pueda concebir, la distancia de la nada al sér, de la nada de la vida en el mineral al sér de la vida, v. gr., en la monera. No se saca aceite de un muro, dice el adagio, ni vida de la muerte. El pueblo tiene á veces la inteligencia más clara que los sabios, porque nada oscurece tanto la razón como las prevenciones científicas.

«Si se rechaza la hipótesis de la generación espontánea, dice Hæckel, es preciso recurrir al milagro de una creación sobrenatural.» Muy bien dicho. Acabamos de ver que aquella hipótesis, entendiéndola en el sentido de los monistas, está en contradicción con los hechos y con la razón. No merece siquiera el nombre de hipótesis. «Preciso es, por tanto, recurrir al milagro de una creación sobrenatural,» reconocer la existencia del Criador. La vida tiene, pues, por primer origen la potencia de Aquel que llama á la existencia lo que no es aún.

La conclusión rigurosa de todo lo que precede, como acabamos de pronunciar, es que la intervención de Dios ha sido indispensable para encender en la tierra la antorcha de la vida. Esa verdad debe ahora ser más clara que el día. ¿Acaso es la humilde monera la única que ha sido el objeto de ese favor prodigioso, con el encargo de hacerla irradiar en todas las direcciones sin número

y sin fin? Häckel se ha visto obligado á retroceder hasta este punto. Darwin se ha puesto en él espontáneamente, y se place de hacer arrancar de allí su teoría de evolucion.

«¿No hay verdadera grandeza, dice, en esta concepcion de la vida, habiendo sus diversas potencias sido insufladas primitivamente por el Criador en un pequeño número de formas, tal vez en una sola, de la que una cantidad infinita de formas admirables, partiendo de un principio de los más sencillos, no han cesado de desarrollarse y se desarrollan aún?» En este momento no hemos de refutar el darwinismo. Queremos examinar solamente si la intervencion de la omnipotencia tal como lo ha de admitir una vez al ménos, merma como podría creerse la idea elevada que nos formamos del Criador.

Es un axioma en la escuela de Darwin que la vida ha empezado, que ha sido creada, si se quiere, una vez para siempre. Despues, hay evolucion, transformacion, pero jamas creacion; jamas el más mínimo grado de vida sale del seno de la nada para agregarse á la vida que existe ya. La cantidad de vida no es ménos inmutable que la cantidad de movimiento. Lo que cambia, lo que progresa, son las apariencias, las manifestaciones, las adaptaciones de la materia á nuevas funciones ó solamente á nuevas formas. La potencia que adapta, la potencia que funciona, la potencia que anima, toma de las potencias físico-químicas nuevos medios de revelarse, mas en sí misma no crece ni disminuye. Así, por ejemplo, la potencia que organiza células para formar narices en tantos animales, no ha cambiado cuando en el elefante convierte la nariz en trompa; tampoco ha cambiado cuando de las aletas de la foca hace las patas anteriores de los cuadrúpedos y los brazos del mono y del hombre.

Todo esto es sin duda el fondo de la doctrina de Darwin, aunque no todos los darwinistas se hayan tomado la molestia de comprenderlo.

La monera primitiva obtiene así una importancia sin igual. No es ya simplemente un copo ligero de albúmina, sin gracia, sin forma, apénas distinto de la nada. ¿Cómo contar los individuos que gracias á la monera toman parte á la vez ó sucesivamente en el festin de la vida? ¿Cuántas plantas existen actualmente vivas? La superficie de nuestro globo está cubierta de ellas; los sabios no han sabido aún dar nombre á todas las especies. Los animales pueblan la tierra, el aire y el agua. Balbiani, observando una sola *paramecia*, se ha cerciorado que al cabo de 42 días ese pequeño animal había producido una posteridad de 1.384,416 hijos y nietos. Las especies conocidas se elevan á varios centenares de miles, algunas no comprenden acaso un gran número de individuos, en cambio hay otras que contienen millones y billones. La capa más superficial de la tierra se compone de un verdadero residuo de cadáveres que la vida ha-

brá animado ántes bajo diversas formas para abandonarlas y volverlas á tomar despues.

¿Qué guarismo expresaría la suma de los seres que han vivido, que viven y que vivirán? La imaginacion se espanta. Y sin embargo, esas olas, ese océano de vida se ha encontrado al principio en la microscópica monera; de ella ha salido el diluvio inmenso, no para crecer, sino para dividirse, para distribuirse, para menguarse multiplicándose. En verdad, jamas sér vivo ha poseído tanta vida, y si el cuadro de Häckel es exacto, jamas sér vivo alguno ha usado más moderadamente de tan espantosa fortuna. Mas esto no es todo.

¿En qué condiciones hallábase la vida en la monera primitiva? ¿Estaba dividida en tantas partículas cuantos seres vivos habían de existir? ¿Estaba confundida como en una masa, de la que la naturaleza debía sacar una cantidad pequeña á cada nacimiento? No podemos decir nada acerca de esto. Todo lo que sabemos se reduce á dos puntos; primero, que la vida poseía ya en la monera todas las propiedades que ha manifestado despues; segundo, que esas propiedades realísimas permanecían ateridas en un estado latente hasta el día en que las condiciones materiales vendrían á permitirles que se desplegaran. El principio fundamental del evolucionismo que enseña que la generacion desarrolla solamente sin crear nada, hace estos dos puntos incontestables para... los evolucionistas.

Con todas esas potencias envueltas, ligadas, embotadas, la monera primitiva no estaba más adelantada por su propia cuenta que si hubiese tenido solamente aquella débil chispa que basta para su miserable existencia. No por esto dejan de existir aquellas potencias. Prometeo, encadenado en su roca y reducido á la inmovilidad más completa, ¿se halla acaso despojado de su fuerza de gigante? ¿Qué espectáculo presenta, pues, á nuestra mente la pequeña monera? Las formas materiales que embellecen la naturaleza animada están todavía latentes; no se distingue siquiera el más leve dibujo; Häckel, con su microscopio, no habría visto nada tampoco, exactamente como en la monera agotada que le ha sido dable considerar. Mas las potencias vitales que producen las formas, las potencias vitales que funcionan, están todas allí en su integridad radical. Yo creo ver como una lejana perspectiva de raíces, tallos, hojas, ramas, flores, frutos, semillas de todas clases y de todas formas; todo esto aspira á germinar, á brotar, á explayarse al sol, á madurar, á morir: veo tambien no sé qué rudimentos de huesos, vértebras, conchas, túnicas, nervios, ganglios, cerebros, vasos, pulmones, tráqueas, brónquios, picos, mandíbulas, dientes, ojos, orejas, garras, patas, cascos, agujones, pinzas, aletas, alas, plumas, pelos. Oigo como tentativas de gritos, aullidos, ladridos, rugidos, arrullos y su-

surros. El instinto, bajo todas sus formas, parece espera solamente una señal para echar á tejer, construir, recoger azúcar, preparar cunas admirables, criar familias jóvenes, perseguir un botín, luchar con la fuerza ó la maña contra el enemigo. Generaciones sin número se aprestan á caminar, saltar, trepar, correr, nadar, volar.

El hombre mismo tiene su puesto en el seno de estos esbozos de la vida con sus grandes facultades, sus nobles instintos, su inteligencia, su libre voluntad, su inclinacion viva por lo verdadero, lo bueno y lo bello. Allá está durmiendo esa potencia maravillosa que un día pensará, reflexionará, hablará, construirá ciudades, fundará reinos y repúblicas, cambiará por su industria la faz de la tierra, compondrá poesías y dramas, empleará á su antojo la armonía y la melodía, esculpirá estatuas, pintará cuadros, inventará el telégrafo y los ferrocarriles, instituirá academias, producirá oradores y sabios, fisiólogos, físicos y demas naturalistas. Y todo esto no es más que un débil, debilísimo reflejo de la realidad, el primer golpe de vista de un miope sobre las riquezas sin número del universo vivo. ¡Oh monera prodigiosa! para preparar tantas maravillas, para ponerlas en reserva en un copo de albúmina, para desenredarlas y presentarlas á la luz del día en la serie de los siglos, en verdad, ¿está demas la sabiduría soberana y el poder infinito del Criador? Se admitirá que la distancia del mundo inorgánico de la monera de Hæckel no es insignificante.

¿Qué es ese cuadro? ¿Una carga ridícula? El buen sentido inclina á pensarlo así. Mas Hæckel y Darwin se ven obligados á admitirlo cual descripción exacta, bien que muy incompleta de la realidad. Hemos querido trazarlo para mostrar adónde conduce el darwinismo cuando es ménos disparatado. Lo que en la cuestion actual es independiente de toda hipótesis, de toda construcción mental, es lo siguiente:

«Partamos del axioma incontestable que todo efecto, ó si se quiere, todo hecho, viene de una causa capaz de producirlo, de una causa que lo contiene, al ménos, equivalentemente; de lo contrario, deberíamos admitir lo que todos, sabios, filósofos y teólogos, rechazan, á saber: que el sér puede brotar espontáneamente de la nada. Todo hecho, pues, procede de una causa que lo contiene. Suponiendo esto, y recordando nuestras conclusiones anteriores, podemos decir que la observacion nos presenta la realidad de cuatro grandes hechos cuya causa no está en la naturaleza, cuya causa se halla fuera de los límites de este mundo.

»Estos hechos son la vida, la organizacion, la sensibilidad, la inteligencia. La vida es su forma general, es como un océano que envuelve nuestro planeta. ¿Qué fuente ha sido bastante abundante para derramar sus olas sobre la tierra?

¿Acaso el reino mineral que no contiene una gota de ella? Si los agentes físico-químicos no han producido la vida, seguramente tampoco la han organizado. Claudio Bernard, como hemos visto, demuestra muy bien, aunque un poco contra su voluntad, que la formación de todo organismo sigue una dirección sabia que no le imprimen las leyes de la física ni las de la química. Por lo demás, la inteligencia que se revela en los más pequeños detalles de un sér organizado sorprende á los naturalistas mismos, que no conocen perfectamente ningún animal, ninguna planta. ¿Cómo puede suponerse que viles minerales hayan organizado el mundo vivo, mostrando así mucha más perspicacia, más sabiduría que la que poseen todos los académicos juntos?

»La vida, en su forma más ínfima, no ha podido salir de los agentes físico-químicos, ¿acaso es hija de ellos su forma más elevada, cuando se presenta con sensibilidad, conocimiento, voluntad, razón? Hemos dejado sentado que los fenómenos fisiológicos mismos descansan en un fondo que no puede soportar el más mínimo fenómeno de sensibilidad, el más mínimo fenómeno de conciencia. Aún organizados los elementos químicos son radicalmente incapaces de sentir, de tener la más mínima vislumbre de inteligencia; ¿qué pueden en este concepto en el estado puramente inorgánico? En cuanto á la razón, facultad de lo absoluto ó infinito, basta decir que nada material, ni el universo mismo la puede medir.

»Una sola causa es la razón suficiente del mundo vivo, una causa viva también, bastante inteligente para conocer todos los agentes de la naturaleza y el juego de todas sus energías, bastante poderosa para meter la armonía en las fuerzas sin número de la materia y las propiedades especiales de los seres vivos. Esta causa, sin tener aquella forma de la sensibilidad que somete á los habitantes de la tierra á la acción de los agentes inferiores, posee algo que contiene y sobrepasa infinitamente toda sensibilidad, y es la bondad ó el amor, la fuente misma que ha dado el sér á todo cuanto lo posee. Esta causa, infinitamente inteligente, infinitamente perfecta y de una belleza infinita, encierra en sí el principio y el fin de toda inteligencia creada. En una palabra, los seres vivos no han podido tener más que una causa, y esta causa es Dios. Esto es lo que demuestran los cuatro grandes hechos del mundo inorgánico para todo el que sepa hacer uso de su razón.

»El que Darwin fije momentos diversos para la aparición de estos cuatro grandes hechos sobre la tierra, no tiene nada insostenible; el que intente hasta desarrollar por progresos sucesivos las especies inferiores al hombre, si la historia natural protesta, la filosofía puede, hasta cierto punto, admitir la hipótesis. Mas lo que es absolutamente imposible conceder es que aquellos cuatro